

X. Del afecto paternal.....	251
XI. De los deberes hacia los padres.....	255
XII. Sobre la educación nacional.....	263
XIII. Algunos ejemplos del desatino que genera la ignorancia de las mujeres; con reflexiones concluyentes sobre el perfeccionamiento moral que se podría esperar que produjera, de forma natural, una revolución en la conducta de las mujeres.....	293

MARY WOLLSTONECRAFT: LA FUERZA DE LAS IDEAS

Marta Lois

A la mujer que piensa se le secan los ovarios. Nace la mujer para producir leche y lágrimas, no ideas; y no para vivir la vida, sino para espiarla desde las ventanas a medio cerrar.

Eduardo Galeano, *Mujeres*

Dejad que la mujer se manifieste como es, para conocerla y juzgarla; respetad su derecho como ser humano; pensad que una Constitución es también una transacción entre las tradiciones políticas de un país y el derecho constituyente, y si el derecho constituyente, como norma jurídica de los pueblos civilizados, cada día se aproxima más al concepto de libertad, nosotros invoquéis el trasnochado principio aristotélico de la desigualdad de los seres desiguales.

Clara Campoamor, *Diario de Sesiones de las Cortes*

Presentar la obra de Mary Wollstonecraft, *Vindication de los derechos de la mujer* de 1792, transcurridos más de dos siglos, supone un reto y al mismo tiempo un placer asociado a la reflexión que suscitan siempre los grandes clásicos. Esta obra fascinante e inquietante desde sus primeros párrafos nos devuelve la mirada hacia un asunto tan presente como pasado: el tema de la educación de la mujer, la igualdad, los derechos, la reclamación de ciudadanía, etc. La

distancia que separa el tiempo de Mary Wollstonecraft sólo cambia el modo de hacernos las preguntas, pero no el fondo. Una vez que analizamos la historia de las ideas para comprender la situación del género femenino como parte de la humanidad, descubrimos que muchos de los principales debates acerca de la igualdad y la educación, en este recién estrenado siglo veintiuno, mantienen una deuda importante con *Vindicación de los derechos de la mujer*.

Desde la primera línea la autora establece un diálogo crítico con la Ilustración, plantea con un coraje extraordinario la decepción que, desde el punto de vista de la situación de las mujeres, trae consigo la modernidad. La celebrada Ilustración excluyó a las mujeres de su *libertad, igualdad y fraternidad*. En realidad, los momentos de la historia denominados de progreso han significado, en gran medida, una asimetría en los logros y el *status* entre los sexos. Las mujeres al comienzo de la modernidad, por su supuesta naturaleza, continuaban estando sujetas al uso y regulación de los hombres. La razón ilustrada pone así de manifiesto una insólita capacidad de irracionalización y deslegitimación del poder en todas sus formas, y, como afirma Celia Amorós, el poder patriarcal no era una excepción¹.

Una de las pioneras y más sutiles denuncias de la sujeción fue precisamente la realizada por Mary Wollstonecraft, «en el nombre de la razón, e incluso del sentido común», y que hoy en día se considera ya un texto fundacional de la tradición feminista. Esta obra, como subraya Isabel Burdiel en su excelente estudio sobre la vida y pensamiento de la autora, continúa teniendo una capacidad especial de fascinación que lleva a las nuevas generaciones de lectores y lectoras a sentirse aludidos a la vez que recompensados por un viaje en el tiempo plagado de complicidades. *Vindicación de los derechos de la mujer* ha servido como punto de referencia para periodos posteriores hasta llegar a nuestros días, una obra a la que se ha vuelto constantemente para desartollarla o discutirla, convirtiéndose en auténtica fuente de elaboración de nuevas ideas.

¹ Véase C. Amorós, «Feminismo, Ilustración y misoginia romántica», en F. Birulés (comp.), *Filosofía y género. Identidades femeninas*, Pamplona, 1992.

El mundo lejano que se deja entrever en el texto, bajo esa mezcla a veces desconcertante de puritanismo, racionalismo y sentimentalismo, produce el efecto de la interrogación necesaria acerca del pasado con que las primeras mujeres intelectuales han perfilado el futuro. Mary Wollstonecraft es hija de la Ilustración, del momento histórico en el que se reclama la individualidad, la autonomía de los sujetos y los derechos. Un periodo calificado por Norberto Bobbio como «el tiempo de los derechos» y que, lamentablemente, no había llegado todavía para las mujeres.

La reivindicación de la inclusión de la mitad del género humano en los principios universales de la Ilustración, como la aplicación del principio de igualdad, la educación y la emancipación de los prejuicios, constituyen los principales objetivos de esta autora convertida ya en figura fértil de la memoria. Una memoria que nos produce vértigo si tenemos en cuenta que no fue hasta 1971, casi dos siglos más tarde, cuando se logró el sufragio femenino en Suiza², lugar donde nació y vivió el ginebrino Rousseau, principal interpelado en las críticas filosóficas de Mary Wollstonecraft. En efecto, hasta hace relativamente muy poco tiempo las mujeres, incluso en regímenes políticos con una larga tradición democrática, como en el caso que acabamos de mencionar, se han visto obstaculizadas no sólo en su papel como sujetos de la historia, sino en las atribuciones plenas de ciudadanía, con sus correspondientes derechos. En este sentido, la obra que aquí nos ocupa se actualiza constantemente por su capacidad de ofrecernos las primeras valoraciones críticas de esta situación.

Asimismo, respecto a la educación, tema fundamental de *Vindicación de los derechos de la mujer*, y salvando las distancias y las

² Antes de la Primera Guerra Mundial, sólo Finlandia y Noruega reconocen el sufragio a las mujeres. Inmediatamente después de este conflicto se implanta en Austria, Dinamarca y Alemania. Irlanda y Gran Bretaña lo reconocen entre 1918 y 1928; Holanda y Suecia a principios de la década de 1920; España en 1931, y Francia, Italia y Bélgica tras la Segunda Guerra Mundial. En Suiza, como se menciona en el texto, las mujeres acceden al voto 123 años después de que el mismo derecho fuera reconocido a los hombres, debido a que en los referendums convocados sobre el derecho al sufragio femenino ganaba sistemáticamente el no.

costumbres de la época, resulta igualmente posible tender un puente desde la obra de Mary Wollstonecraft hasta el presente y constatar que todavía hoy una proporción importante de las mujeres jóvenes que han recibido educación media o superior poseen una menor tasa de actividad laboral y un salario inferior respecto a los jóvenes varones de igual formación³. En este sentido, el ideal ilustrado de la educación, compartido por la autora y revestido de una importancia cívica que conduce al progreso, permanece todavía incompleto, resultando falsamente universalizador. Ya que no se han extendido todos los logros a ambos sexos. Aunque el accidente de nacer hombre o mujer ya no acarrea consecuencias significativas en el terreno de los derechos legales, y las consecuencias que implica en el terreno de la educación se están limitando a gran velocidad, sin embargo, todavía tiene efectos importantes en relación con la posición que ocupa el individuo en el trabajo, el papel que asume en el cuidado de los hijos y su relación con la política. Y es que, desafortunadamente, el sexo, como afirma Anne Phillips⁴, continúa siendo un factor de predicción esencial respecto a las oportunidades vitales del individuo y, siempre que esto sea así, persisten las razones para luchar en favor de la igualdad.

Desde esta consideración, leer *Vindicación de los derechos de la mujer* resulta muy actual y su aportación tiene, si cabe, un mayor mérito. Es por ello que se recomienda su lectura a las mujeres y hombres del siglo veintiuno, para que descubran a la mujer que se enfrentaba a Sofía, al *ángel del hogar* y de la supuesta moral inferior.

* * *

Mary Wollstonecraft era uno de esos seres que aparecen quizá sólo una vez en cada generación y que ofrecen a la humanidad un resplandor al que no puede sustraerse ninguna divergencia de opinión. Su genio era innegable. Había sido educada en la escuela de la adversidad y, conociendo los sufrimientos de los pobres y los oprimidos, alimentó en su alma el ardiente deseo de disminuir ta-

³ Véase *Mujer en cifras 2003*, Instituto de la Mujer (www.mtas.es/mujer/mcifras).

⁴ Consúltese A. PHILLIPS, *The Politics of Presence*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

les sufrimientos. Su sólida inteligencia, su carácter intépido, su sensibilidad y su viva simpatía impregnaron todos sus escritos de una gran fuerza y verdad.

Mary Shelley, *Frankenstein*

Mary Wollstonecraft nació el 27 de abril de 1759 en Inglaterra. Su vida marcó claramente la vocación de sus textos y el mérito de una escritura desafiante con el entonces negado espacio para las mujeres. He aquí a una escritora que se exigió demasiado y experimentó todo cuanto, desde el punto de vista intelectual y existencial, pudiese dolerle, para extraer otra mirada del pensamiento y de la vida. En efecto, no todas las intuiciones filosóficas brotan originalmente de la lectura y la reflexión centrada; algunas surgen, en ciertas ocasiones, a raíz de discernimientos silenciosos que suscitan una conciencia crítica respecto a un modelo patriarcal, social, económico y cultural sufrido en las propias carnes.

El horizonte revolucionario francés y las circunstancias de su vida la convirtieron en una fascinante excepción del pensamiento de la época. Costurera, profesora, niñera y escritora, fueron algunas de las experiencias vitales de esta singular pensadora. Una vida azarosa e inusual para una mujer que inicialmente constituía un ejemplo más de los valores y los comportamientos asignados a la mujer dentro de la ascendente clase media burguesa. El destino truncó esa identificación debido a la situación financiera de la familia, consecuencia del despilfarro de su padre, y a los continuos cambios de domicilio, que llevaron a Wollstonecraft a un sentimiento de cierto desarraigo social y desconcierto en torno a los valores de la clase media en cuyos márgenes sobrevivió durante toda su vida.

Esta situación convertiría al matrimonio en una tabla de salvación contra la miseria y la pérdida de *status*; sin embargo, no se obsesionó por encontrar un marido, como su gran amiga de la infancia Fanny Blood. Decidió intentar salir adelante por otros medios, aunque éstos, para una joven como ella, resultaban muy escasos. En 1778 comunica a su familia la decisión de trabajar como dama de compañía para la señora Dawson, hija de un canónigo de

Windsor y viuda de un rico comerciante londinense. Éste es el comienzo de un periplo de nueve años en los que ejerció respectivamente de dama de compañía, maestra en una escuela junto a Fanny Blood y su hermana Elizabeth⁵, y finalmente trabajó como institutriz para una familia aristocrática; todo un abanico de profesiones claramente femeninas, que sintonizaban con las costumbres de la época.

Esta singular trayectoria vital despertó en ella su vocación de escritora, una profesión desde la que era posible el desarrollo de una conciencia crítica y la resistencia frente al modelo imperante de la «mujer decente». En 1787 regresa a Londres, y escribirá su primera obra, *Reflexiones sobre la educación de las niñas*, en la que defiende un tipo de enseñanza no discriminatoria con el sexo femenino. La publicación se realizó gracias a Joseph Johnson, quien la animó a que colaborase en la revista *The Analytical Review* con traducciones y la redacción de artículos críticos acerca de obras filosóficas y literarias. Gracias a estas primeras colaboraciones es posible comprobar la evolución del pensamiento político de su obra. Por ejemplo, la crítica a la apología de Catherine Macaulay recogida en *Cartas sobre la educación* le permitió denunciar la educación diferenciada impartida en función del sexo. Un elemento fundamental de esta crítica reside no sólo en la denuncia sobre la moral que se enseña a las niñas para encaminarlas exitosamente hacia capacidades intelectuales de las mujeres. En este artículo se encuentra el germen de las ideas que posteriormente aparecerán en *Vindicación de los derechos de la mujer*.

Gracias a la existencia de *The Analytical Review* Mary Wollstonecraft entra en contacto con los grandes escritores e intelectuales de la época, como Holbach, Voltaire, D'Alembert o Rousseau,

⁵ Mary Wollstonecraft vive un episodio muy revelador de lo que ya comienza a ser su vida de lucha y emancipación contra la opresión de la mujer. Su hermana Elizabeth, casada con Meredith Bishop, abandonó su hogar conyugal alentada por ella, desafiando a la sociedad de la época y a todos los convencionalismos. Consítese el capítulo cinco del interesante y actualizado estudio biográfico de J. Todd, *Mary Wollstonecraft, a revolutionary life*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2000.

así como los radicales y disidentes londinenses con los que discutió los ideales ilustrados en sus múltiples perspectivas, simpatizando con el movimiento político en defensa de la reforma constitucional en Inglaterra⁶. En ese ambiente y gracias a esa especie de club situado en St. Paul's Churchyard, tuvo la oportunidad de conocer también a los pintores John Opie y Henry Fuseli⁷, al poeta William Blake, a los teóricos radicales Tom Paine o Joseph Priestley, y al filósofo Godwin, con el que se casaría más tarde.

El estallido de la Revolución francesa hace que tanto la autora inglesa como todo el círculo de intelectuales apoyen este acontecimiento y estén convencidos de que el proceso revolucionario traería consigo el fin de la opresión. Mary Wollstonecraft confiaba en que los derechos humanos iban a ser por fin reconocidos y que ello equivaldría al comienzo de la justicia. Por eso, cuando Edmund Burke publica en 1790 sus *Reflexiones sobre la Revolución*, donde expresa su desacuerdo acerca del acontecimiento revolucionario, la autora inglesa responde anónimamente⁸ pero de forma inmediata con un escrito elaborado en tan sólo treinta días y denominado *Defensa de los derechos del hombre*, en el que ponía de manifiesto que los derechos del individuo son sagrados. Esta fue sin duda la primera y valiente incursión de esta mujer en el terreno de los escritos políticos, lo que permitió incluir su voz y su palabra escrita en un espacio por definición masculino, como era el del pensamiento político, dando cuenta de su compromiso con la praxis política. Este momento fue recogido por Godwin en sus *Memoirs*:

⁶ Véase H. N. BRANTSPORN, *Shelley, Godwin y su círculo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁷ Mary Wollstonecraft sintió una gran atracción por este hombre casado que frecuentaba el círculo de Johnson. Según las *Memoirs* de Godwin, lo que la autora inglesa había experimentado era un enamoramiento en contra de su voluntad y su razón, convirtiéndose dicha relación en «una fuente de perpetuo tormento» (*Memoirs of the Author of «The rights of woman»* [1798], Richard Holmes (ed.), Nueva York, Penguin Books, 1987). Para estudiar la posible influencia de Wollstonecraft en la pintura de Fuseli, véase P. TOMOY, *The Life and Art of Henry Fuseli*, Londres, Thames and Hudson, 1972.

⁸ Tras el éxito de la primera edición, a finales de 1790, se recedió ya con el nombre de su autora.

«hasta la fecha la carrera literaria de Mary había sido resultado de ella misma y silenciada en gran medida, sin aparentemente llevarla a alcanzar la fama». La reacción en clave feminista de Wollstonecraft nació de un profundo compromiso personal y político que enriqueció el debate en torno a los derechos políticos. Encontró su voz en sus propias vindicaciones, rompió el silencio de su sexo dentro del debate clásico de la teoría política⁹ con una interpretación particular de la Revolución francesa. Su objetivo era combatir la tradición conservadora y gradualista que negaba la revolución, una tradición representada por el pensamiento de Burke, defensor de la jerarquía, la clásica aristocracia y los privilegios.

En *Defensa de los derechos del hombre* se subraya la importancia de la libertad civil y religiosa en tanto que derechos fundamentales. Al mismo tiempo, se defiende la igualdad y condena la tradición que, bajo la supuesta naturalidad, perpetúa la subordinación de una gran mayoría de ciudadanos mediante la jerarquía, la propiedad y los derechos adquiridos por la herencia.

El contexto filosófico ilustrado y el contexto político revolucionario proporcionaron a Mary Wollstonecraft, y a otras mujeres de la época que recibieron con expectación la Revolución Francesa, nuevos referentes de su situación¹⁰, la búsqueda de la emancipación, la racionalidad, la lucha contra la autoridad, los derechos, etcétera.

La Revolución fue comprendida por la mayoría de los intelectuales radicales políticos de la época como discontinuidad, umbral

⁹ Véase el capítulo 3 («The Rebel Writer and the Rights of Men») en el que Gunther-Canada desarrolla estas ideas: W. GUNTHER-CANADA, *Rebel Writer*, Northern Illinois University Press, 2001. Supone una excepcional reflexión acerca del feminismo de Wollstonecraft y su genuina aportación al debate clásico de la teoría política. Una aportación que volvió más compleja la discusión acerca de la diferencia sexual y la igualdad política.

¹⁰ Durante el periodo de 1789-1793 las mujeres dan visibilidad a sus peticiones irrumpiendo en la esfera pública, en ocasiones de manera aislada, otras colectivamente. Los llamados *Ciudadanos de quejas* fueron redactados en 1789 para hacer llegar las quejas de los estamentos a los Estados Generales convocados por Luis XVI. Estos cuadermos dan muestra de la diversidad de peticiones de las mujeres que, desde las nobles hasta las religiosas, pasando por las del Tercer Estado, solicitaban el derecho al trabajo, a la educación, los derechos matrimoniales y también el derecho al voto.

y ruptura con un pasado que procedería a denominarse –y a constituirse como lo totalmente otro– como *Antiguo Régimen* (el término no surgiría más que para confirmar la liquidación de este último). La Revolución francesa implicaba, por definición, destrucción de la monarquía despótica: un fenómeno abocado a cambiar tanto el Estado, en cuanto tránsito del despotismo a la libertad, como al individuo mismo, en cuanto a que dejaba de ser súbdito para convertirse en ciudadano. El momento revolucionario francés pasó a convertirse en un modelo inédito de la acción y de la historia, presentando una línea divisoria del tiempo provocada por la voluntad de los hombres, y de las mujeres, que plantea a partir de entonces un futuro político y social decididamente nuevo.

Pronto Mary Wollstonecraft asimilará las consignas ilustradas utilizadas por los revolucionarios para impugnar el Antiguo Régimen, reapropiándose de las mismas con el fin de reelaborarlas e interpellarlas por su incoherencia desde el punto de vista de la diferencia entre los sexos. Su papel no fue de espectadora pasiva y entusiasta, sino que, a diferencia de la contribución de los varones liberales radicales, irrumpió en el debate reclamando para ambos sexos la realización íntegra de los principios de la Revolución¹¹, la construcción de un nuevo mundo que debía beneficiar igualmente a las mujeres. Suponía una cuestión de sentido común, entendido precisamente como «buen sentido» o capacidad autónoma de juzgar y razonar sin dejarse llevar por «el prejuicio».

Animada por Thomas Paine e influenciada por el trabajo de Condorcet¹², quien había publicado en 1787 las *Cartas de un bur-*

¹¹ Los textos constitucionales del momento plasmaron algunos avances en relación a los derechos de las mujeres. Así, por ejemplo, la Constitución Francesa de 1791 marcó la mayoría de edad para hombres y mujeres en los veintidós años y consideró el matrimonio como un contrato civil. Asimismo, la ley de 1790 abolió el derecho de primogenitura masculino, y la de 1792 reconoció el divorcio en pie de igualdad de ambos cónyuges. En 1793, bajo el primer proyecto de Código Civil, la madre tenía derecho a ejercer la patria potestad en las mismas condiciones que el padre. Consúltese G. DUBY y M. PERROT, *Historia de las mujeres*, vol. 4, *El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000.

¹² Condorcet es el autor de la época que más ha destacado por su defensa de los derechos de las mujeres, proclamando el optimismo ilustrado en el pro-

qués de Newhaven y *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía*, donde se postulaba la igualdad política entre los sexos, Mary Wollstonecraft escribe en apenas seis semanas *Vindicación de los derechos de la mujer*. Esta obra posee un estilo un tanto descuidado debido quizá al entusiasmo creativo, careciendo en ocasiones de una ordenación lógica que evite la repetición de las ideas; sin embargo, se debe subrayar su vitalidad y su denuncia directa respecto a la situación de las mujeres. Con este libro se ponen a la vez las bases del feminismo del siglo XIX. Más que llevar a cabo una reivindicación de derechos políticos específicos, plantea una reivindicación de la individualidad de las mujeres y de la capacidad de elección de su propio destino¹³. Supuso un momento de distanciamiento respecto de las atribuciones que se proyectaban sobre las mujeres, un gesto, como diría Gunther-Canada, de *rebeldía ilustrada*.

Por tanto, *Vindicación de los derechos de la mujer* responde en gran medida a ese contexto revolucionario marcado por importantes cambios y debates acerca de los significados de la educación en el contexto del nuevo Estado-nación francés¹⁴. La discusión de la autora inglesa se situó más allá de los problemas de las mujeres: abordó, aunque sucintamente, los privilegios de las clases altas y la problemática de la esclavitud, conectando esta última con la dominación sexual. De acuerdo con Moira Ferguson, Wollstonecraft compara la resistencia feminista contra la opresión patriarcal con el movimiento antiesclavista¹⁵.

greso y en la perfectibilidad de la humanidad. Los principios democráticos requieren la extensión de los derechos políticos (el derecho al voto y a ser elegidos naturalmente) a todas las personas. Condorcet defendía los mismos derechos naturales para hombres y mujeres.

¹³ Véase el estudio preliminar de Isabel Buriel en la traducción de Cate-dra de *Vindicación de los derechos de la mujer* de 1996.

¹⁴ Mary Wollstonecraft criticará el carácter nacional francés por su superficialidad y debilidad, aspectos que precisamente buscará erradicar de la personalidad de las mujeres y hombres británicos. Para profundizar en este aspecto se recomienda el artículo J. WELLINGTON, «Blurring the Borders of Nation and Gender: Mary Wollstonecraft's Character (Re)volutions», en A. Craciun y K. Lokke (eds.), *Rebellious Hearts: British Women Writers and the French Revolution*, Nueva York, State University of New York Press, 2001, pp. 34-55, 50-51.

¹⁵ Véase M. FERGUSON, «Mary Wollstonecraft and the Problematic of Slavery», en *Colonialism and Gender Relations from Mary Wollstonecraft to la-*

En la etapa que comienza a partir de la publicación de *Vindicación de los derechos de la mujer* Mary Wollstonecraft, tras el deterioro de sus relaciones amistosas y sentimentales con el pintor Fuseli, decide visitar Francia y descubrir en persona el gran movimiento producido por la Revolución francesa¹⁶. Pronto se hizo asidua de los círculos de intelectuales radicales de París, entablando amistad con los girondinos, entre los cuales figuraban ya sus mejores amigos. Al mismo tiempo, contradiciendo sus premisas de no vincular el sentimiento al juicio, se enamoró de Gilbert Imlay, antiguo oficial del ejército que luchó contra los ingleses por la independencia de las colonias americanas. Vivió una pasión bastante turbulenta, de la que nació su primera hija en 1794, y que terminó en una profunda crisis e intento de suicidio.

Mary Wollstonecraft, con la ayuda de Johnson y Mary Hays, se irá recuperando. En 1796 coincide de nuevo con el ya por entonces célebre William Godwin, y redacta una novela que titulará *Mary, the Wrongs of Woman*, en la que retratará las diversas injusticias que padecen las mujeres debido a las leyes y costumbres aceptadas por la sociedad. Una obra que no pudo ser concluida, aunque se ha publicado el material disponible como parte de sus obras póstumas.

Por aquel entonces el amor vuelve a llenar su corazón, esta vez gracias a un viaje que comienza en la amistad y se convierte en una experiencia más íntima. Fruto de ese amor, Wollstonecraft se queda de nuevo embarazada y Godwin decide casarse con ella, decisión, por otra parte, que contradecía el previo rechazo de ambos a la institución del matrimonio. Desafortunadamente, pocos días después del nacimiento de su segunda hija fallece víctima de unas fiebres puerperales a los treinta y ocho años. Fue su último castigo

maica Kincaid, Nueva York, Columbia University Press, 1993. Ferguson hace alusión a algunos comentarios que Wollstonecraft realiza en el capítulo V de *Vindicación de los derechos de la mujer*, donde supuestamente alude a la revuelta de los esclavos en Haití en 1791.

¹⁶ Asumo que la llevó a escribir una obra llamada *An Historical and Moral View of the Origin and Progress of the French Revolution and the Effect it has produced in Europe [Análisis histórico y moral de la Revolución Francesa]*, publicada por Johnson en 1794.

como mujer, un castigo que tal vez condense el sufrimiento de toda una vida. Su muerte se unió así a todas las circunstancias que acompañaron y construyeron el mito Wollstonecraft, en el que el sexo marcó inexorablemente un destino.

La criatura a la que dio a luz poco antes de morir esta revolucionaria mujer se convertiría más tarde en una de las grandes luces literarias, Mary Shelley, quien escribirá el célebre *Frankenstein*, el moderno Prometeo que se interroga acerca de su propia identidad, origen y destino:

¿Quién era yo? ¿Qué era? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino?

* * *

A lo largo de los trece capítulos que componen *Vindicación de los derechos de la mujer* se analizan, entre otros aspectos, los principales argumentos filosóficos de Rousseau. Gran parte del entramado conceptual de la obra se sitúa precisamente en los tratados de educación. Entre ellos, el *Emilio*, del filósofo ginebrino, cobró una gran relevancia en su época. Mary Wollstonecraft orienta sus reflexiones filosóficas hacia las mujeres, abordando el debate acerca de la subordinación natural y la consiguiente exclusión política. Ahora bien, el interés de la autora por conceder visibilidad pública a las mujeres dentro del debate revolucionario, lo que ella denominaba «el destino de la mujer», se enmarca en un esquema más amplio que el estrictamente político.

Las preguntas, que sacan a la luz sus principales objeciones respecto al talante generalizado de la época, se refieren a la naturaleza de las mujeres, a si éstas poseen la misma que los hombres o si son aptas, por su condición natural, para el trabajo intelectual. Su creencia en una igualdad esencial pese a todas las diferencias secundarias, el escepticismo hacia el prejuicio y las costumbres dominantes, la confianza en las normas externas de racionalidad y justicia funcionarán como parámetros para medir el mundo que Wollstonecraft desea cambiar. Sobre este horizonte interrogativo lleva a cabo una revisión de la identidad femenina desde la educación, comprendida en un sentido global de adquisición de valores, orientaciones y costumbres para la vida. Sus retutaciones tienen como punto de mira el

Emilio de Rousseau de 1775, pero también los principales libros de conducta y educación de la época, como el célebre *Sanford and Merton* de Day, o los trabajos de Fordyce y el Dr. Gregory. Sus objeciones se dirigieron contra los escritores del momento, quienes construían un modelo de mujer que contradecía la naturaleza, mostrándola como un ser artificial, débil e inferior al hombre.

Es precisamente en este punto donde reside en gran medida el mérito y el valor extraordinario de la autora, la cual, presa de un modelo sociocultural, se enfrentó a sí misma al intentar cambiar el mundo que la rodeaba. En efecto, si se compara su teoría política con las más célebres aportaciones femeninas de la época, se comprueba el importante salto de Wollstonecraft. Catharine Macaulay, por ejemplo, en su obra *Letters on Education* de 1790, se centraba en la clase alta con la esperanza de que una educación liberal e igualitaria en este segmento social llevaría más tarde a la extensión de estos principios al resto de las clases sociales. En contraposición a ello, Wollstonecraft defendió que no era posible ningún tipo de progreso mientras no se diese fin a los privilegios aristocráticos. Otro ejemplo sería el de Sarah Trimmer¹⁷, quien sostenía que las escuelas benéficas deberían educar a las niñas pobres para servir a las damas de clase alta. Por el contrario, la autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, deudora de su experiencia vital, es de nuevo clara y contundente: lo importante es una educación que conduzca a la autonomía y a la independencia económica.

Ahora bien, como se apuntaba más arriba, una parte sustancial de *Vindicación de los derechos de la mujer*¹⁸ defendido por Rousseau. Sin duda, uno de los grandes ideólogos de la idea de naturaleza, filósofo que, a juicio de esta pensadora, excluye a las mujeres del pacto político y por tanto de la ciudadanía. Rousseau niega a las mujeres una posición pública, instándolas a ser activas y fuertes en el espacio que

¹⁷ S. TRIMMER, *Reflections on the Education*, Paternoster-Row, T. Longman, 1792.

¹⁸ Debemos subrayar que Mary Wollstonecraft no se centró únicamente en el estudio del *Emilio*, sino que conocía toda la obra rousseauiana. Entre sus escritos se encuentra una crítica a las *Confesiones* de Rousseau.

VIII. LA MORALIDAD, MINADA POR NOCIONES SEXUALES SOBRE LA IMPORTANCIA DE UNA BUENA REPUTACIÓN

Se me ha ocurrido hace mucho tiempo que el consejo respecto al comportamiento y todos los modos varios de preservar una buena reputación, que han sido tan vigorosamente inculcados en el mundo femenino, son venenos especiosos que al incrustarse en la moralidad corrompen la sustancia. Y que esta medición de las sombras produce un cálculo falso, puesto que su extensión depende tanto de la altitud del sol como de otras circunstancias adventicias.

¿De dónde surge el comportamiento sencillo y delusorio de un cortesano? De su situación, sin duda, pues al estar en necesidad de subordinados, está obligado a aprender el arte de negar sin ofender, y de alimentar la esperanza de modo evasivo con el alimento del camaleón¹: así juega la educación con la verdad y, corroyendo la sinceridad y humanidad naturales al hombre, produce al cabalero refinado.

Las mujeres adquieren asimismo, por una supuesta necesidad, un modo de conducta igualmente artificial. Sin embargo no ha de jugarse impunemente con la virtud, pues el experto impostor, al fi-

¹ El camaleón atrapa a sus presas con la lengua muy rápidamente, de forma casi imperceptible para el ojo humano, de ahí que se diga que se alimenta de aire.

nal, se convierte en víctima de sus propias artes, y pierde esa sagacidad, que ha sido debidamente denominada sentido común; a saber, una rápida percepción de las verdades comunes que son constantemente recibidas como tales por la mente simple, aunque puede no haber tenido la suficiente energía para descubrirlas por sí misma cuando es obscurecida por los prejuicios locales. El mayor número de gente cree sus opiniones verdaderas para evitar el problema de ejercitar sus propias mentes y estos seres indolentes se adhieren naturalmente a la letra antes que al espíritu de la ley, divina o humana. «Las mujeres», dice un autor, no puedo recordar quién, «no se preocupan de aquello que sólo el Cielo ve». ¿Por qué, de hecho, deberían? Es el ojo del hombre que ellas han aprendido a temer y, si pueden arrullar a sus Argos² para que se duerman, raramente piensan en el Cielo o en ellas mismas, porque su reputación está a salvo; y es la reputación, no la castidad y todo su bello séquito, lo que ellas se emplean en mantener libre de mancha, no como virtud, sino para preservar su propia posición en el mundo.

Para probar la verdad de esta observación sólo necesito señalar las intrigas de las mujeres casadas, particularmente en la clase alta, y en los países en donde las mujeres son casadas apropiadamente, de acuerdo a sus rangos respectivos, por sus padres. Si una chica inocente se convierte en presa del amor es degradada para siempre, aunque su mente no sea contaminada por las artes que las mujeres casadas, bajo el manto conveniente del matrimonio, practican; ni haya violado ningún deber, excepto el deber de respetarse a sí misma. La mujer casada, por el contrario, rompe el compromiso más sagrado, y se convierte en una madre cruel cuando es una esposa falsa e infiel. Si su marido todavía le profesa afecto, las artes que debe practicar para engañarlo la convertirán en el más despreciable de los seres humanos; y, en cualquier caso, las estrategias necesarias para preservar las apariencias mantendrán su mente en aquel trájín infantil o vicioso que destruye toda su energía. Además, con

el tiempo, como esas personas que toman habitualmente licores dulces para elevar sus espíritus, querrá una intriga para dar vida a sus pensamientos, habiendo perdido todo el gusto por los placeres que no son altamente sazonados por el miedo o la esperanza.

Algunas veces las mujeres casadas actúan aún más audazmente. Mencionaré un ejemplo.

Una mujer de clase alta, notoria por sus amoríos (aunque, si bien todavía vivía con su marido, nadie se decidió a situarla en la clase donde debería haber sido situada), hizo un esfuerzo particular para tratar con el más insultante desdén a una pobre criatura tímida, avergonzada por el sentido de su anterior debilidad, a quien un vecino caballero había seducido y posteriormente esposado. Esta mujer había confundido en realidad la virtud con la reputación y, creo, se valoraba a sí misma por la propiedad de su comportamiento antes del matrimonio, aunque una vez establecida, para satisfacción de su familia, ella y su esposo fueron igualmente infieles —¡de tal forma que el heredero medio vivo de una propiedad inmensa vino de donde el cielo sabe!

Veamos ahora el asunto bajo otra luz.

He conocido un cierto número de mujeres que, si no amaban a sus maridos, no amaban a nadie más, entregarse totalmente a la vanidad y la disipación, desatendiendo todo deber doméstico. No, aún más, incluso dilapidando todo el dinero que debería haber sido ahorrado para sus impotentes hijos más jóvenes, se han enorgullido sin embargo de sus immaculadas reputaciones, como si todo el alcance de su deber como esposas y mujeres fuera sólo preservarlas. Mientras otras mujeres indolentes, descuidando todo deber personal, han pensado que merecían el afecto de sus maridos porque, ciertamente, actuaron en este respecto con propiedad.

Las mentes débiles son siempre proclives a quedarse en los ceremoniales del deber, pero la moralidad ofrece motivos mucho más simples; y sería de desear que los moralistas superficiales hubieran dicho menos respecto al comportamiento y la observancia externa, pues a menos que la virtud, de cualquier tipo, se cimienta sobre el conocimiento, producirá sólo un tipo de decencia insipida. Sin embargo, se ha denominado, de la forma más explícita, el respeto por la opinión del mundo como el principal deber de la

² En la mitología griega, Argos era un gigante de cien ojos, de los cuales sólo dos dormían cada vez, destinado por Hera para vigilar a Io, de quien estaba celosa. Zeus envió a Hermes a liberar a Io, y éste consiguió arrullarlo y hacerle dormir liberando así a ésta.

mujer, pues Rousseau declara «que la reputación no es menos indispensable que la castidad», «Un hombre», añade, «seguro en su propia buena conducta, depende sólo de sí mismo, y puede desafiarse a la opinión pública; pero una mujer, al comportarse bien, desempeña sólo la mitad de su deber: pues lo que se piense de ella es tan importante para ella como lo que realmente es. Se sigue, pues, que el sistema de la educación de la mujer debe, en este respecto, ser directamente opuesto al nuestro. La opinión es la tumba de la virtud entre los hombres; pero su trono entre las mujeres»³. Es estrictamente lógico inferir que la virtud que descansa en la opinión es meramente mundana, y que es la virtud de un ser a quien la razón ha sido denegada. Pero, incluso con respecto a la opinión del mundo, estoy convencida de que esta clase de razonadores están equivocados.

Este interés por la reputación, independientemente de que sea una de las recompensas naturales de la virtud, surgió, sin embargo, por una causa que ya he deplorado como la gran fuente de la depravación femenina, la imposibilidad de recuperar la respetabilidad mediante el regreso a la virtud, aunque los hombres preservan las suyas durante la indulgencia del vicio. Era, pues, natural para las mujeres intentar preservar lo que, una vez perdido, se perdía para siempre, hasta que, al engullir esta preocupación todas las demás, la reputación de castidad se convirtió en la única cosa necesaria para el sexo. Pero vana es la escriptulosidad de la ignorancia, pues ni la religión ni la virtud, cuando residen en el corazón, requieren atenciones tan pueriles a meras ceremonias, por que el comportamiento debe, en general, ser correcto cuando el motivo es puro.

Para sustentar mi opinión puedo presentar autoridad muy respetable, y la autoridad de un razonador ecuaníme debe tener peso para obligar a la consideración, aunque no para establecer un sentimientto. Hablando de las leyes generales de la moralidad, el doctor Smith observa: «Que por algunas circunstancias muy extraordinarias y desafortunadas, un buen hombre puede ser sospechoso de un crimen del cual era del todo incapaz, y por esa razón ser ex-

puesto de la forma más injusta por el resto de su vida al horror y la aversión de la humanidad. Por un accidente de este tipo se podría decir que lo ha perdido todo, a pesar de su integridad y justicia, de la misma manera que un hombre cauto, a pesar de su extrema circunspección, puede ser arruinado por un terremoto o inundación. Los accidentes del primer tipo, sin embargo, son tal vez aún más raros, y aún más contrarios al curso común de las cosas que los segundos; y todavía sigue siendo cierto que la práctica de la verdad, la justicia y la humanidad es un método cierto y casi infalible de adquirir aquello a lo que esas virtudes apuntan, la confianza y el amor de aquellos con los que vivimos. Puede representarse mal a una persona fácilmente con respecto a una acción particular; pero es escusamente posible de acuerdo con el tenor general de su conducta. Puede creerse que un hombre inocente ha actuado mal: sin embargo, esto raramente sucederá. Por el contrario, la opinión establecida de la inocencia de su conducta con frecuencia nos llevará a absolverle cuando realmente ha sido culpable, a pesar de haber presunciones muy fuertes»⁴.

Coincido a la perfección con la opinión de este escritor, pues verdaderamente creo que pocos de cualquier sexo fueron jamás despreciados por ciertos vicios sin merecerlo. No hablo de la calumnia del momento que se ciernen sobre un carácter como una de las densas nieblas matutinas de noviembre sobre esta metrópoli, hasta deshacerse gradualmente ante la luz común del día; sólo sostengo que la conducta diaria de la mayoría prevalece para estampar sus caracteres con el sello de la verdad. La luz clara que respaldade día tras día refuta silenciosamente la conjetura ignorante o el chisme malicioso que ha mancillado un carácter puro. Una luz falsa disipatoria brevemente su sombra—su reputación—, pero raramente falla en volverse justa cuando se dispersa la nube que produjo el error en la visión.

Muchas personas, sin duda, obtienen en varios aspectos una mejor reputación de la que se merecen estrictamente hablando, pues la diligencia perseverante alcanzará por lo común su objetivo en todas las actividades. Aquellos que como los fariseos, que rezaban en

³ Rousseau, *Emilio*, cit., p. 494.

⁴ Smith, *op. cit.*, p. 304.

las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres⁵, sólo se afanan por este miserable premio, obtienen seguramente la recompensa que buscan. ¡Pues el corazón del hombre no puede ser leído por el hombre⁶! Aun así, la justa fama que las buenas acciones naturalmente reflejan, cuando el hombre se emplea sólo en dirigir sus pasos correctamente, independientemente de los espectadores, es, en general, no sólo más verdadera, sino también más segura.

Hay, es cierto, juicios en los que el hombre bueno debe apelar a Dios debido a la injusticia del hombre, y, en medio del candor lloriqueante o de los silbidos de envidia, erigir un pabellón en su propia mente al que retirarse hasta que el rumor pase de largo⁷. Incluso, aún más, los dardos de las censuras imerecidas pueden atravesar un pecho inocente y tierno con muchos sufrimientos, pero éstas son todas excepciones a las reglas generales. Y es de acuerdo a estas leyes comunes que el comportamiento humano debe regularse. La órbita excéntrica del cometa nunca influye en los cálculos astronómicos respecto al orden invariable establecido en el movimiento de los cuerpos principales del Sistema Solar.

Me aventuraré a afirmar que, una vez que un hombre ha alcanzado la madurez, el esbozo general de su carácter en el mundo es justo, permitiendo las excepciones anteriormente mencionadas a la regla. No digo que un hombre prudente de sabiduría mandana, con sólo virtudes y cualidades negativas, no pueda a veces obtener una reputación más limpia que un hombre más sabio o mejor. Muy al contrario, mi experiencia me permite concluir que donde la virtud de dos personas es más o menos igual, el carácter más negativo será más apreciado por el mundo en general, mientras que el otro pue-

⁵ Mateo 6, 5: «Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los ángulos de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa».

⁶ I Samuel 16, 7: «No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero Yahvé mira al corazón».

⁷ Salmo 27, 5: «Pues Él me pondrá en seguro en su tienda el día de la desventura, me tendrá a cubierto en su pabellón, me pondrá en alto sobre su roca». Salmo 31, 21: «Tú los guardas, al amparo de tu rostro, de las altarias de los hombres, y como en una tienda los pones a cubierto de las lenguas pendencieras».

de tener más amigos en su vida privada. Pero las colinas y los valles, las nubes y los rayos de sol, conspicuos en las virtudes de los grandes hombres, lucen bien juntos, y aunque proporcionan a la debilidad envidiosa un objetivo más bello al que dirigirse, el carácter real se abrirá aun así su camino hacia la luz, aunque salpicado por el afecto débil o la maldicia ingeniosa!

Con respecto a esa ansiedad por preservar una reputación duramente ganada, que lleva a la gente sagaz a analizarla, no he de hacer el comentario obvio, pero me temo que la moralidad es socavada muy insidiosamente en el mundo femenino por la atención volcada a la apariencia en vez de a la sustancia. Una simple cosa se vuelve de este modo extrínsecamente complicada; es más, algunas veces la virtud y su sombra están en desacuerdo. Tal vez no habríamos oído hablar nunca de Lucrecia⁸ si hubiera muerto para preservar su castidad en vez de su reputación. Si realmente merecemos nuestra propia buena opinión, seremos comúnmente respetados en el mundo; pero si anhelamos un progreso y logros más elevados, no es suficiente vernos a nosotros mismos como suponemos que somos vistos por otros, aunque esto ha sido ingenuamente argumentado, como el fundamento de nuestros sentimientos morales⁹. Porque todo espectador puede tener sus propios prejuicios, además de los prejuicios de su tiempo o país. Deberíamos más bien intentar verlos a nosotros mismos como suponemos que aquel Ser, que ve cada pensamiento madurar hasta convertirse en acción, y cuyo juicio nunca se desvía de la ley universal de la justicia, nos ve. ¡Tan justos son todos sus juicios como misericordiosos!

La mente humilde que busca encontrar favor a Sus ojos y examina serenamente su conducta sólo cuando siente Su presencia,

¹ Aludo a varios escritos biográficos, pero en particular a *Life of Johnson* de Boswell. James Boswell (1740-1795), amigo de Samuel Johnson y autor de su biografía *The Life of Samuel Johnson, LL. D.* (1791).¹

⁸ Noble romana, hija del prefecto Espurio Lucrecio y esposa de Tarquinio Colatino, que fue violada por Sixto Tarquinio, hijo del monarca Tarquinio el Soberbio. Lucrecia se suicidó para salvar la honra de su esposo y de su patria. Este escándalo contribuyó a la caída de la monarquía y al inicio de la época republicana.

⁹ Smith.

raramente se formará una opinión muy errónea de sus propias virtudes. Durante la hora serena de la reflexión, deplorará temerosamente la frente enfadada de la justicia ofendida o reconocerá el lazo que ata al hombre con la Deidad en el sentimiento puro de la adoración reverencial que hincha el corazón sin suscitar ninguna emoción turbulenta. En estos momentos solemnes el hombre descubre el germen de aquellos vicios, que, como el árbol de Java⁹, desprende un vapor pestilente alrededor —¡la muerte está en la sombra!—, y los percibe sin aversión, porque se siente a sí mismo atado por algún lazo de amor a todos sus semejantes, ansioso de encontrar en él toda la atenuación por las locuras de las naturalezas de ellos. Si yo, puede argumentar, que ejerzco mi propia mente y he sido refinado por la tribulación, encuentro el huevo de la serpiente en algún pliegue de mi corazón¹⁰, y lo aplasto con dificultad, ¿no debo compadecer aquellos que lo han pisado con menos vigor, o que han alimentado descuidadamente al reptil insidioso hasta que envenenó el río vital del que bebía? ¿Puedo yo, consciente de mis pecados secretos, desechár a mis semejantes, y verlos serenamente caer en el abismo de la perdición que se abre ampliamente para recibirlos? ¡No! ¡No! —llorará con impaciencia asfixiante el corazón agonizante—. ¡Yo también soy un hombre! Y tengo vicios, escondidos, tal vez, al ojo humano, que me postro en el polvo ante Dios y me dicen en voz alta, cuando todo está en silencio, que estamos formados de la misma tierra y respiramos el mismo elemento. La humanidad se sigue por tanto naturalmente de la humildad y trenza los lazos de amor que envuelven el corazón en varias vueltas.

Esta simpatía se extiende aún más lejos, hasta que un hombre complacido advierte fuerza en los argumentos que no llevan convicción a su propio pecho, y considera alegremente, a la luz más

⁹ *Syzygium cumini*, árbol autóctono de la India y Malasia. Sus frutos no son venenosos, pero la sombra creada por su denso follaje impide que otras plantas crezcan bajo él.

¹⁰ W. SHAKESPEARE, *Julius Caesar*. II, I, ll. 35-37: «Y por tanto, piensa que es como un huevo de serpiente / Que si fuera incubado, sería dañino por naturaleza, y mátele en el cascarrón» [ed. cast.: *Julio César*, Espasa-Calpe, 1990, p. 74].

bella, las muestras de razón que han llevado a otros por mal camino, regocijado de encontrar alguna razón en todos los errores del hombre, aunque antes convencido de que Aquel que gobierna el día hace brillar su sol sobre todos. Sin embargo, al estrechar las manos de la corrupción, por así decirlo, de este modo, tiene un pie en la tierra y el otro sube al cielo con paso osado y clama afinidad con naturalezas superiores. Las virtudes, desaparecidas por el hombre, dejan caer su aromática fragancia a esta hora fría, y la tierra sedienta, refrescada por las corrientes puras de bienestar que repentinamente manan a raudales, es coronada con verdor sonriente: ¡éste es el verde vivo, que aquel ojo demasiado puro para contemplar la iniquidad puede mirar con complacencia!

Pero mi espíritu flaquea y debo silenciosamente entregarme a los ensueños a que llevan estas reflexiones, incapaz de describir los sentimientos que han calmado mi alma cuando, observando el sol naciente, una suave lluvia que caía a través de los árboles vecinos parecía caer sobre mi lánguido pero tranquilo espíritu, para enfriar el corazón que ha sido avivado por las pasiones que la razón se afaná en doblegar.

Los principios rectores que discurren a lo largo de todas mis adquisiciones harían innecesario extenderse en este tema, si una constante atención para mantener el barniz del carácter fresco y en buena condición no fuera con frecuencia inculcada como la suma total del deber femenino; si las reglas para gobernar el comportamiento, y preservar la reputación, no reemplazasen demasiado frecuentemente las obligaciones morales. Pero, con respecto a la reputación, la atención se confina a una única virtud: la castidad. Si el honor de una mujer, como se llama absurdamente, está a salvo, ella puede desatender todo deber social; más aún, arruinar a su familia mediante el juego y las extravagancias, pero todavía presentar una frente desvergonzada, pues, verdaderamente, ¡es una mujer honorable!

La señora Macaulay ha observado debidamente que «no hay más que una falta que una mujer de honor no pueda cometer sin impunidad». Entonces añade, debida y compasivamente: «Esto ha dado lugar a la observación necia y manida según la cual la primera falta contra la castidad en la mujer tiene un poder radical para

depravar el carácter. Pero seres tan frágiles no emergen de las manos de la naturaleza. La mente humana está construida de materias más nobles para ser tan fácilmente corrompida y, con todas sus desventajas de situación y educación, las mujeres raramente se vuelven enteramente licenciosas hasta que son arrojadas a un estado de desesperación por el venenoso rencor de su propio sexo»¹¹.

Pero este cuidado por la reputación de castidad es valorado por las mujeres en la misma proporción en que es desdenado por los hombres, y los dos extremos son igualmente destructivos para la moralidad.

Los hombres ciertamente se encuentran más bajo la influencia de sus apetitos que las mujeres, y sus apetitos son más depravados por la indulgencia desenfrenada y las estrategias fastidiosas de la saciedad. El lujo ha introducido un refinamiento en la comida que destruye la constitución, y un grado de glotonería tan brutal, que la percepción del decoro del comportamiento debe perderse antes de que un ser pueda comer descomedidamente en la presencia de otro y lamentarse después de la opresión que esta intemperancia naturalmente produjo. Algunas mujeres, particularmente las mujeres francesas, han perdido también un sentido de la decencia en este respecto, pues hablan muy serenamente de una indigestión. Sería de desear que la ociosidad no permitiese generar sobre el suelo fértil de la riqueza aquellos enjambres de insectos veraniegos que se alimentan de la putrefacción, y no nos disgustáramos entonces por la visión de tales excesos brutales.

Hay una ley relativa al comportamiento que, creo, debería regular todas las demás, y es simplemente abrigar tal respeto habitual por la humanidad que nos impida disgustar a un semejante por el bien de una indulgencia presente. La indolencia bochornosa de muchas mujeres casadas y de otras un poco más avanzadas en la vida les lleva a menudo a pecar contra la delicadeza. Pues, aunque contrevencidas de que la persona es el vínculo de unión entre los sexos, sin embargo, ¿cuán frecuentemente disgustan por pura indolencia o para disfrutar alguna indulgencia trivial?

¹¹ C. MACCAULAY, *Letters on Education* [1790], en *Female Education in the Age of Enlightenment*, vol. III, cit., pp. 210 y 212.

La depravación del apetito que une a los sexos ha tenido un efecto aún más fatal. La naturaleza debe siempre ser el patrón del gusto, el calibre del apetito—sin embargo, cuán groseramente es la naturaleza insultada por el voluptuoso—. Dejando los refinamientos del amor fuera de la cuestión, la naturaleza, al hacer de la gratificación de un apetito, en este respecto, así como en cualquier otro, una ley natural e imperiosa para preservar la especie, embobeca el apetito y combina un poco de intelecto y afecto con un arrebatado sensual. Los sentimientos de un padre al entrelazarse con un amante meramente animal le dan dignidad, y al encontrarse el hombre y la mujer con frecuencia a causa del hijo, un interés y afecto mutuo es excitado por el ejercicio de una simpatía común. Así pues, las mujeres, al tener necesariamente algún deber que cumplir más noble que adornar sus personas, no serían con su beneplácito las esclavas del apetito casual, que es ahora la situación de un número muy considerable de mujeres, que son, hablando literalmente, platos comunes a los que todo glotón puede tener acceso.

Puede decirse que, pese a la magnitud de esta atrocidad, sólo afecta a una parte devota del sexo dedicada a la salvación del resto. Pero es falso, como falsa podría probarse fácilmente toda aseveración que recomiende la aprobación de un pequeño mal para producir un bien mayor. El mal no acaba aquí, pues el carácter moral y la paz de mente de la parte más casta del sexo son socavados por la conducta de las mismas mujeres a las que no permiten ningún refugio de la culpabilidad, a las que inexorablemente consiguen al ejercicio de las artes que seducen a sus maridos, corrompen a sus hijos y (que las mujeres modestas no se asusten) les fuerzan a asumir, en algún grado, el mismo carácter. Pues me aventuraré a afirmar que todas las causas de la debilidad, así como depravación, femineja sobre las que ya me he extendido, se derivan de una gran causa—la falta de castidad en los hombres.

Esta intemperancia, tan prevalente, deprava el apetito en tal grado, que es necesario un estímulo lascivo para despertarlo; pero el diseño paternal de la naturaleza es olvidado, y la mera persona sola, y eso por un momento, absorbe los pensamientos. Tan voluptuoso, de hecho, se vuelve a menudo el merodeador lujurioso, que ansía algo más que suavidad femineja. Busca entonces algo más

suave que la mujer, hasta que, en Italia y en Portugal, los hombres asisten a las recepciones matutinas de seres equívocos¹², para suspirar por algo más que languidez femenina.

Para satisfacer a este tipo de hombres se hace sistemáticamente a las mujeres voluptuosas, y aunque puede que no todas lleven su libertinaje a los mismos extremos, esta desalmada relación con el sexo que se conceden a sí mismas, deprava, sin embargo, a ambos sexos, porque el gusto de los hombres es viciado; y las mujeres, de todas las clases, adaptan naturalmente su comportamiento para gratificar el gusto mediante el cual obtienen placer y poder. Al volverse, en consecuencia, las mujeres más débiles de mente y cuerpo de lo que deberían ser, si se toma en cuenta uno de los grandes objetivos de sus seres, el de parir y criar a los hijos, no tienen fuerza suficiente para desempeñar el primer deber de una madre; y sacrificando a la lascivia la afectación paterna que emboblec el instinto, o bien destruyen el embrión en el útero, o bien lo abandonan al nacer. La naturaleza en todo demanda respeto, y aquellos que violan sus leyes raramente las violan con impunidad. Las mujeres débiles y enervadas, que culturalmente atraen la atención de los libertinos, no son aptas para ser madres, aunque puedan engendrar: de tal forma que cuando el adinerado sensualista, que ha vivido alegremente entre las mujeres, entendiendo la depravación y la miseria, desea perpetuar su nombre, recibe de su esposa sólo un ser a medio formar que hereda tanto la debilidad de su padre como la de su madre¹³.

Al contrastar la humanidad de la época presente con el barbarismo de la Antigüedad, se ha puesto gran énfasis en la costumbre salvaje de abandonar a los niños a quienes los padres no pueden mantener¹⁴, mientras que el hombre de sensibilidad, que así, tal vez, se lamenta, produce con sus amorfos promiscuos la más destructiva esterilidad y contagiosa sordidez de comportamiento. ¡A

¹² Hardt opina que Wollstonecraft podría aludir en este párrafo a las prácticas sexuales con animales (Hardt, *op. cit.*, p. 507).

¹³ Los nacidos con alguna malformación o deficiencia por causa de la sífilis de los padres.

¹⁴ Referencia a la costumbre de abandonar a los niños no deseados en la antigua Grecia.

buen seguro la naturaleza nunca pretendió que las mujeres frustrasen mediante la satisfacción de un apetito el mismo propósito para el que se estableció!

He observado anteriormente que los hombres deberían mantener a las mujeres a las que han seducido; éste sería un medio de reformar la conducta femenina y parar un abuso que ha tenido un efecto igualmente fatal en la población y la moral. Otro, no menos obvio, sería volver la atención de la mujer a la virtud verdadera de la castidad, pues aquella mujer que sonrío al libertino mientras desprecia a las víctimas de sus ingobernables apetitos y de su propia locura, tiene derecho a poco respeto, en base a la modestia, aunque su reputación sea blanca como la nieve pura.

Además, está teñida de la misma locura, pura como se considera a sí misma, cuando adorna su persona con esmero sólo para que los hombres la vean, para excitar suspiros reverentes y toda la ociosa pleitesía de lo que es llamado galantería inocente. Si las mujeres realmente respetasen la virtud por su propio bien, no buscarían una compensación en la vanidad por la abnegación que son obligadas a practicar para preservar su reputación, ni se asociarían con hombres que desafían a la reputación.

Los dos sexos se mejoran y corrompen recíprocamente. Esto creo que es una verdad indisputable, y la extendiendo a todas las demás virtudes. La castidad, la modestia, el espíritu público y todo el noble séquito de las virtudes sobre las que se cimientan la virtud y la felicidad social, deben ser entendidas y cultivadas por toda la humanidad, o tendrán poco efecto. Y en vez de proporcionar al vicioso o al ocioso un pretexto para violar algún deber sagrado, llamándolo sexual, sería más sabio mostrar que la naturaleza no ha hecho ninguna diferencia, por eso el hombre que no es casto doblemente derrota los propósitos de la naturaleza, al hacer a las mujeres estériles y destruir su propia constitución, aunque evite la vergüenza que sigue al crimen en el otro sexo. Estas son las consecuencias físicas, las morales son aún más alarmantes; pues la virtud es sólo una distinción nominal cuando los deberes de los ciudadanos, maridos, esposas, padres, madres y cabezas de familia se convierten meramente en los lazos egoístas de la conveniencia.

¿Por qué entonces buscan los filósofos espíritu público? El espíritu público debe ser alimentado por la virtud privada, o se parecerá al sentimiento faccioso que hace que las mujeres se cuiden de preservar su reputación y los hombres su honor. Un sentimiento que existe a menudo sin apoyo en la virtud, sin apoyo de aquella sublime moralidad que hace de la infracción habitual de un deber, una infracción de toda la ley moral.

IX. DE LOS EFECTOS PERNICIOSOS QUE SURGEN DE LAS DISTINCIONES INNATURALES ESTABLECIDAS EN LA SOCIEDAD

Del respeto prestado a la propiedad manan, como de una fuente envenenada, la mayoría de los vicios y males que hacen de este mundo un escenario tan lúgubre para la mente contemplativa. Pues es en la sociedad más refinada que reptiles repugnantes y serpientes venenosas acechan bajo el tupido herbage y el inmóvil aire bochornoso mina la voluptuosidad que relaja toda buena disposición antes de que madure en virtud.

Una clase oprime a la otra, pues todos intentan conseguir respeto por razón de su propiedad y la propiedad, una vez alcanzada, procurará el respeto que sólo se debe a los talentos y virtudes. Los hombres desatienden los deberes que les corresponden, sin embargo son tratados como senitiosos. La religión también es separada de la moralidad por un velo ceremonial, pese a lo cual los hombres se extrañan de que el mundo sea, literalmente hablando, una cueva de estafadores y opresores.

Hay un proverbio simple que habla de una verdad astuta, según el cual el diablo empleará a quienquiera que encuentre ocioso¹. ¿Y qué puede producir la riqueza y los títulos hereditarios, sino ocio-

¹ Cfr. I. WATTS, *Divine Songs* [1720], «Song XX»: «Pues Satán encuentra algún mal que hacer / para las manos ociosas».